

Paul Claudel

(Aniversario)

La muerte de Judas

Nadie podría decir verdaderamente que en mí ardió un fuego de paja. Ni que me arrastró un entusiasmo pueril, ni el sentimiento que yo no podría calificar de otra manera más que de "sentimental". Era una cosa absolutamente seria, un interés profundo. Quería tener la conciencia tranquila a propósito de Él y saber adónde iba. Puesto que Él me llamó, estoy obligado a suponer que se daba perfectamente cuenta de lo que hacía. Para seguirlo sacrifiqué sin vacilar mi familia, mis amigos, mi fortuna y mi posición. Siempre hubo en mí una especie de curiosidad científica o psicológica, llámenla como quieran, y al mismo tiempo un cierto gusto de aventura y de especulación. Hay que confesar que todas esas historias de la perla inestimable y de los dominios misteriosos que están quién sabe dónde y que rinden beneficios al cien por uno, así como el reino inminente cuyos cargos nos serán distribuidos, eran de tal naturaleza que debían inflamar el corazón de un joven con las más nobles ambiciones. Mordí el anzuelo. Por otra parte, no soy el único que se dejó atrapar. Acuérdense de todos esos pescadores desarrapados. Veía además que algunos personajes opulentos y bien considerados como Lázaro, mujeres de mundo y autoridades israelitas como José y Nicodemo se prosternaban a sus plantas. Nunca se sabe. Sin olvidar que desde la llegada de los romanos uno los ha visto aquí de todos colores. Yo quise saber exactamente de qué se trataba y seguí el asunto de cabo a rabo. Me atrevo a decir que entre los Doce yo era con mucho el más culto y el más distinguido. Un prestigio para el rebaño. Estoy de acuerdo en que no debemos olvidar a Simón Pedro: ¿cómo decirle lárgate de aquí y negarle el primer lugar? No había más que verle los ojos de buen perro cariñoso y ese mohín de niño a punto de llorar cuando se le hacía un reproche. Y los reproches a veces se pasaban de la cuenta. Yo siempre me porté bien. Me ocupaba de mis asuntos y no había quien pudiera reclamarme nada. Nunca permití el desorden. Debo reconocer que todos apreciaban mi buen juicio, mis maneras, mi conocimiento del mundo y de las Escrituras y la eficacia de mi trato con los clientes. Fui uno de los primeros en obtener el grado de Apóstol, uno de aquellos a quienes se les pone la sogá en el pescuezo, la sogá, eso que ahora llaman ustedes la estola.

Yo era lo que se dice *un buen administrador*. Tal era mi especialidad. Naturalmente es de muy buen gusto no tocar el dinero. Pero alguien debe ocuparse de eso y no el más tonto, desde luego. No se puede vivir eternamente llenándose los bolsillos con las espigas que caen aquí y allá a nuestro paso. Los dueños del sembradío acaban por mirarnos con un airecito nada tranquilizador. Siempre éramos trece a la mesa por lo menos, sin contar con las visitas. Para llevar el gasto hacía falta un hombre que sabe lo que puede hacerse con un denario de plata. Alimentar a trece personas con un solo denario es casi tan difícil como darles de comer a cinco mil

con dos pescados así de chiquitos. (Esto me lo contaron, yo no lo vi.) En todo caso, cuando uno se ha hartado de contemplar los lirios del campo se siente feliz al hallar lista la sopa.

¡Qué líos me han armado porque de tiempo en tiempo hacía yo un pequeño viraje de fondos hacia mi cuenta personal! *Erat enim latro*. Se dice muy pronto. Era yo un Apóstol ¿sí o no? ¿Acaso no debía darme mi lugar? Por el interés de todos no debía parecer un mendigo. ¿No está escrito en el Deuteronomio, además (XXV, 4): *no pongas bozal al buey que trilla?* Cuando yo andaba de aquí para allá, recordándole sus promesas a los suscriptores morosos, preparando el alojamiento, untándole la mano a los jefes de la sinagoga para que nos permitieran la lectura del sábado (¡y hay que ver si era fácil!), cuando pasaba todas estas fatigas de mandadero sin recibir una palabra de aliento o de gratitud, qué opinan ustedes ¿trillaba yo o no trillaba? Tengo para mí que a trillador nadie me gana.

No hablemos más del asunto.

Qué importa. Estoy contento porque lo he visto todo. Me preguntarán si vi hacer milagros. Claro que vi. No hacíamos otra cosa. Era nuestra especialidad. Nadie nos habría seguido si no ofreciéramos milagros. Hay que confesarlo, las primeras veces la cosa impresiona, pero es sorprendente ver lo pronto que uno se acostumbra. Hubo compañeros que bostezaban o que se quedaban viendo a un gato en el alero mientras una teoría de paralíticos se ponía en pie a la voz de mando. Al igual que los demás yo también hice milagros. Es curioso. Se me ocurre preguntarles a ustedes con toda sinceridad ¿qué prueba un milagro? Un hecho es un hecho y un razonamiento es un razonamiento. Era irritante a veces. Por ejemplo, supimos que la eterna cuestión del *sabbat* iba a ser examinada de nuevo. Era apasionante. Los miembros de la sinagoga me expusieron su línea de argumentación y yo mismo me permití darles algunos pequeños consejos. Y bien, apenas se había abierto la sesión cuando en el momento preciso, en el punto crucial, he aquí que se presenta un tullido y no había más que ponerlo en marcha inmediatamente y adiós discusión. Esto no me parece correcto. En la hermosa mitad de los más interesantes debates se oía de pronto un ruido sobre el techo y las tejas empezaban a llovernos en la cabeza: debíamos resucitar un muerto *hic et nunc*. En tales condiciones ya no hay alegato posible. Muy fácil, ¿no? O por lo menos... En fin, ustedes entienden lo que quiero decir.

A primera vista, todos esos enfermos que sanan, esos ciegos que ven claro, son una maravilla. Pero yo veía entre bambalinas... ¡No se imaginan ustedes lo que pasaba en el seno de las familias! Vi escenas increíbles. ¡Vaya con los tales lisidos! Estaban aparte, como debe ser, y he aquí que de pronto reclamaban su lugar. Nadie tiene idea de lo que puede llegar a ser un paralítico que de pronto se pone en dos pies: ¡un



*J'ai honte! j'ai honte! je ne dois pas compter de ce que je pense.
 Pourquoi ne suis-je pas comme un de ceux-là
 que leurs genoux emportent vivement où le veut
 l'esprit grossier!
 Ma volonté est de tourner le visage en bas.
 Misérable! tu ne me forceras point de parler
 et montrant aux autres qui je suis, à proférer des
 mystères. Prêtre, tu ne le demandes point.
 Le prêtre
 je le commande.
 Le boire se jette par terre*

verdadero león desencadenado! Todos esos muertos que habían sido hechos picadillo, helos allí bien remendados y reclamando sustancia. Si ya ni de la muerte puede uno estar seguro, se acabó la sociedad, no puede haber nada de nada. Un desbarajuste, el caos de primer orden. Cuando la tropa apostólica llegaba a una aldea yo miraba a los habitantes con el rabo del ojo y había más de uno con cara de pocos amigos. ¡Y todavía faltan los poseídos! Abundaban los descontentos: les habían sacado su demonio y querían volvérselo a tragar. Pobres, se habían acostumbrado y le tenían el cariño que un municipio dispensa a la guardia que lo protege. ¡Era como para desternillarse!

Toda mi desgracia procede de que en ningún momento he perdido mis facultades de control y de crítica. Así soy. Los de Cariot somos así. El sentido común ante todo. Cuando oigo decir que es necesario ofrecer la mejilla izquierda y pagar lo mismo por una hora de trabajo que por diez, y odiar al padre y a la madre, y dejar que los muertos entierren a sus muertos y maldecir la higuera porque no da albaricoques en el mes de marzo, y ver el paso de una mujer guapa sin pestañear y ese reto constante al buen sentido, a la naturaleza y a la equidad, aún concediendo todos sus derechos a la elocuencia y a la exageración, yo debo confesar que no soporto tales cosas y que se me ponen los pelos de punta. Hay en mí un apetito de lógica, o si ustedes prefieren, una especie de gusto por el equilibrio que no queda satisfecho. Tengo el don de las proporciones. Así somos todos en la ciudad de Cariot. Durante tres años, ni sombra de discusión razonable. ¡Siempre textos y más textos, siempre el gran recurso de los milagros! O tam-

bién algunas historietas que tienen su encanto, soy el primero en reconocerlo, pero que estaban completamente fuera de lugar. Por ejemplo, uno quería hablar un poco de hombre a hombre y con qué nos van saliendo: *Antes de que Abraham fuese, yo soy*. Esto nadie puede tragarlo, si se me permite la expresión. Se queda uno con un palmo de narices. Ante semejantes cosas no queda más que rechinar los dientes. Y por lo que toca a las historietas, no son todas originales. Yo he leído aquí y allá muchas de ellas. Y luego, a fuerza de oírlas despachar, acabé por aprendérmelas de memoria. Desde que comenzaban podía irme de un hilo hasta el fin sin puntos ni comas, con los ojos cerrados y la lengua en su rincón. ¡Siempre el mismo repertorio! Y todo salpicado de injurias a más y mejor y relleno de alusiones malitencionadas. Por ejemplo, ese cuento de Lázaro y de Dibas que yo nunca pude oír (a veces hasta en casa del propio Simón), sin sentirme incómodo. ¡Me daban ganas de meterme debajo de la mesa!

Creo oportuno hablar de los fariseos y explicarles a ustedes la situación. No hay que estar en su contra así nomás por nomás. Los puso contra la pared. O Él o nosotros. Su pellejo o el nuestro. Si Él tiene razón, estamos equivocados. Si lo dejamos decir abiertamente que Es el Mesías, es que lo Es. Y si Él es el Mesías ¿qué somos nosotros entonces? Estamos de más en el paisaje. Ya no hay salida.

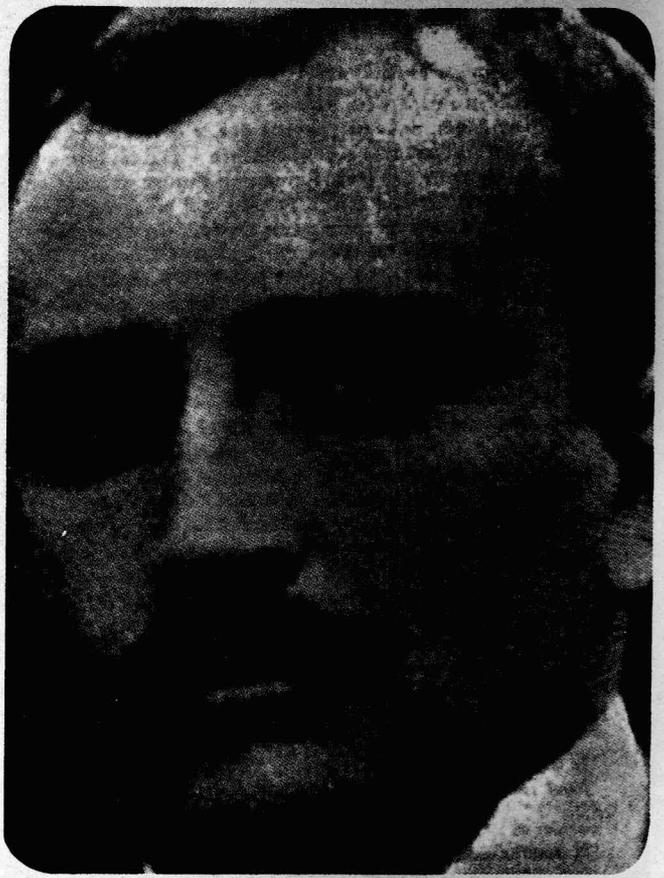
Poseyendo como he dicho un don natural de equidad, y con el propósito de conocer el otro aspecto de la cuestión, me dediqué a frecuentar fariseos. Debo decir que se trataba de personas finas y muy bien educadas. Aunque ahora tenga algunas quejas graves contra ellos, nada me impedirá hacerles justicia. El interés nacional, el orden público, la tradición, el buen sentido, la equidad y la moderación estaban indudablemente de su parte. Tal vez tomaron medidas extremosas, pero Caifás, que aquel año era Sumo Sacerdote, nos lo hizo ver con autoridad: *Más vale que un hombre muera por el pueblo y no que se pierda toda la nación*. No hay nada que responder a esto. Entre los fariseos había un hombre muy distinguido, originario de la región de Gaza si mal no recuerdo. Fue él quien me abrió los ojos, o más bien, si cabe decirlo, quien me hizo flexible el cuello para que yo pudiera mirar a todos lados. Porque antes era como la gente de mi pueblo: tenía rígido el pescuezo y no veía ni a derecha ni a izquierda ni atrás. No iba más allá de mis narices. (Debo decir que para esta tiesura de la nuca seguí más tarde un tratamiento radical... Ja, ja, ustedes perdonen, se trata de una broma inocente). Cuando este amigo mío supo que yo era discípulo de Quien Ustedes Saben ¿creen que se burló de mí? Me felicitó, por lo contrario. "Hay cosas excelentes, me dijo, en la enseñanza de Quien Ustedes Saben. Yo mismo lo escucho a veces con placer. Siguiéndole la inspiración compuse una pequeña antología titulada *Cánticos para el mes de Nizam*, que mereció el aplauso de Nicodemo. Pero hay que ver las cosas desde un

*Ô sages Muses! sages, sages saurs! et toi-même
sœur leprosihore!*

*Comment avez-vous pu se captiver cette folle, la tenir
par l'une et l'autre main,
la garrotter avec l'hymne comme un oiseau qui ne
chante que dans la cage?*

*O Muses patiemment subjugués sur le dur
sépulchre, la vivante, l'insubstituée! que m'importe
la mesure interrompue de votre cœur? je vous
repréends ma folle, mon oiseau!*

*Voici celle qui n'est point ivre d'eau pure et d'air
subtil!*



plano más alto. Hay que dominar el problema. ¡Enriquecéos! He allí mi divisa. Desarrollad el espíritu en el sentido que indica vuestro demonio interior. Que haya siempre lugar para algo nuevo en vuestra insaciable bodega. Concluid vuestra estatua. En cuanto a mí, pagano entre los paganos, soy cristiano con los cristianos y camellero para los hijos de Ismael. Imposible distinguirme de la auténtica mercancía. Por ejemplo: nadie más que yo admira la obstinación heroica de los macabeos. Precisamente, el poema épico que escribí sobre el tema, me valió la entrada al Sanedrín. Y sin embargo, esa civilización griega a la cual se oponían los macabeos ¡qué tentación tan poderosa y cuántas bellezas encierra! ¿Por qué rechazarla de manera tan brutal? Sé que había razones de orden nacional, pero cuánto más me simpatiza, y esto se lo digo a usted en voz baja, la actitud razonable y esclarecida de un verdadero hombre de letras, de un digno prelado, como aquel cuya historia parcial desfigura las intenciones: "¡El Sumo Sacerdote Jasón! Y la hermosa estatua que Policeto hizo de Júpiter ¡cómo podríamos consolarnos por haberla perdido gracias al celo infernal de Matatías!" Así hablaba el gran hombre y yo sentí que estaba explicándose a mí mismo, literalmente. Mi espíritu se desenvolvía ante sus palabras a ojos vistas. Sentía brotar ramas y hojas, o si ustedes lo prefieren, diré que yo estaba caído en un pozo y él desplegó ante mí un inmenso panorama. Como si me hubiera llevado hasta la cima del templo, y al mostrarme todos los reinos de la tierra, me dijera: son tuyos. ¿Quieren saber ustedes cómo se llama este gran hombre? Es muy conocido. Se llama G... Dispénsenme si no puedo seguir adelante. Me siento un poco mal de la garganta. Su memoria es venerada en todas las universidades. Al oír este nombre sagrado todos los profesores se echan a temblar y caen de rodillas, cara contra el suelo.

Ahora comprenderán ustedes muy bien por qué este pequeño drama psicológico alteró mis relaciones con los Once. Fui víctima de actos odiosos por parte de estos groseros. Pero sobre el incidente que consumó la ruptura me propongo ahora establecer la verdad.

Desde hace mucho estábamos relacionados con una rica familia de Betania, a la cual pertenecía Lázaro famoso. Nunca dejábamos escapar la ocasión de dejarnos ir un poco en sus haberes. Pero lo hacíamos sin orden alguno, solamente lo necesario para el día y sin vistas hacia el porvenir. Quise regularizar las cosas. Tuve la idea de establecer una especie de base económica en Betania, una organización administrativa sobre la cual pudiéramos apoyarnos. Para esto contaba especialmente con María Magdalena, porque la fortuna de Lázaro y Marta, yo lo sabía de sobra, consistía principalmente en hipotecas y bienes raíces muy difíciles de liquidar. En cambio, María Magdalena poseía una fuerte suma en efectivo, alhajas, efectos personales, etcétera. Y en un país pobre como Judea

se puede ir lejos con un poco de dinero contante y sonante, porque sobran buenas oportunidades para colocarlo. Explicé todo muy bien a esta persona, a pesar de la poca simpatía que me inspiraba su pasado inmoral, y creí que el asunto estaba arreglado.

Pero he aquí que de pronto la puerta se abre (estábamos en casa de Simón el Leproso) y los cabellos se me ponen de punta. ¡Adiviné de golpe lo que iba a pasar! Una de esas escenas teatrales de las que nunca pude ser testigo sin sentirme crispado por la carne de gallina que nos pone la vista de una atroz inconsecuencia. Imagínense ustedes nomás que esta gansa se fue al bazar con todo el dinero, un dinero que ya no le pertenecía y que me fue prometido ¡y se dejó esquilmar vergonzosamente como todas las mujeres comprando artículos de tocador! Traía una redoma llena de perfume precioso, una anforita de tierra blanca que me parece estar viendo todavía... Y sin más ni más se puso en cuatro patas y feliz al ostentar su hermosa cabellera, rompió el frasco a los pies del Invitado y derramó íntegramente todo nuestro capital por los suelos...

¡El tiro de gracia!

Comprenderán ustedes que después de esto ya no había duda posible. De casa de Simón me fui de una zancada hasta el Sanedrín y la cosa se arregló en un dos por tres. Me atrevo a decir que cerramos la operación de la mejor manera posible, con un mínimo de violencia y de escándalo: la relación oficial da fe del asunto. Como yo estaba al corriente de todo, sabía con exactitud el punto y la hora en que halláramos a los amigos del Maestro durmiendo a pierna suelta.

Nunca olvidaré el momento... Cuando hay que separarse de una personalidad distinguida, a la que se han prodigado durante tres largos años servicios tan leales como gratuitos, la emoción es comprensible. Expresándole pues la simpatía más sincera, pero sintiendo al mismo tiempo la íntima satis-



facción que procura la conciencia del deber cumplido, yo deposité sobre Sus labios, y a la manera oriental, un beso respetuoso. Sabía que el Estado, la religión y Él mismo recibían un servicio eminente (tal vez a costa de mis intereses y de mi reputación), al impedirle turbar en adelante ¡con las mejores intenciones del mundo! los espíritus débiles y sembrar entre el pueblo la inquietud y el descontento por lo que existe, dándole a cambio la manía por lo que no existe. ¿Cómo sorprenderse entonces por esa lágrima honorable que brota en todo ojo bien nacido cuando tenemos el presentimiento, mezclado a la aprobación de nuestro demonio interior, de que la incompreensión general va a envolvernos desde entonces?

No voy a insistir sobre lo que pasó después. Durante esas horas dolorosas nada me ha afligido y escandalizado más, lo confieso, que la cobardía de mis antiguos cofrades. Sobre todo la incalificable deserción de Simón Pedro. El desdichado debería haber recordado aquella frase que escuchó tantas veces: *Ay de aquel por quien viene el escándalo.*

¿Pero yo no soy acaso la víctima resplandeciente de una traición no menos odiosa? Después de cumplir con mi acto de abnegación, y a despecho de ciertas muecas sorprendidas ya sobre duros rostros sacerdotales, esperaba por parte de mis consejeros una acogida pronta y benévola. Me veía de vuelta hacia el Templo, un poco solitario pero acompañado por la consideración general, revestido con la grave aureola que rodea a los héroes extremos del deber y del sacrificio. ¡Qué error imperdonable! Por toda recompensa me arrojaron con desprecio un puñado de dinero. ¡Como si fuera un mendigo! ¡Treinta denarios! Después de semejante cosa no me quedaba sino cortar las amarras. Y lo hice.

(Se me olvidó decir que la víspera y con el propósito de reconfortarme, hice una visita a mi excelente Maestro. Lo encontré muy sereno. Había llegado a esa indiferencia suprema para la cual toda su vida no fue sino una larga preparación. Quiero decir que estaba muerto. Completamente desnudo, yacía entre pedazos de hielo, ese hielo que era su elemento natural como el agua lo es para los peces y que por largo tiempo va a constituir, así lo esperamos, el principal ingrediente de su conservación.)

Desde la posición que ahora ocupo se pueden juzgar imparcialmente las cosas. Lo aseguro. Entre el Gólgata y la modesta depresión que coronó mi carrera se desarrolla el papel que me fue asignado en el drama que se representó el día catorce del mes de Nizam. *Oportet haereses esse*, como dijo aquel insignificante y excitado fariseo al que tanto alenté en los comienzos de su carrera. Mientras el drama del Calvario siga adelante (y no ha hecho más que empezar), el Iscariote tendrá su papel a la cabeza de un elenco numeroso de sucesores y de partidarios guiados continuamente por su ejemplo. Mien-

tras haya espíritus delicados a quienes repugne la Cruz, esa especie de armazón rudimentario brutalmente clavado en el suelo y fortificado en todas direcciones, que se eleva sobre una montaña con la claridad ofensiva de una afirmación, habrá también una zona pantanosa cuya pendiente arrastrará de manera implacable a los ilusos. Allí se alza un árbol, y el doceavo apóstol ha probado que es injusto maldecirlo con el pretexto de que no da frutos. Para darse cuenta de la exactitud de tal afirmación, basta levantar los ojos hacia su ramaje populoso. Para los espíritus simplistas, la Cruz señala escuetamente dos rumbos: diestra y siniestra, el sí y el no, el bien y el mal, lo verdadero y lo falso. Pero al árbol que los demás colonizamos nadie ha podido darle la vuelta. Sus gajos indefinidamente ramificados abren hacia todas partes las más atrayentes posibilidades: filosofía, filología, sociología, teología. Como uno se pierde entre tanto follaje, lo mejor es elegir una rama y asirse fuertemente a ella. Y para dar al cinturón capcioso pero incierto que llevamos alrededor de los riñones la rigidez deseada, basta el simple procedimiento de ponérselo en el cuello y de confiar a él nuestro peso. Tenemos libertad de hacerlo. Cuando yo erraba por los caminos de Galilea los maliciosos me reprocharon a veces porque apretaba mucho los cordones de la bolsa. Las personas malévolas no dejarán de ver en esto un presagio. Porque ¿qué es un avaro sino el hombre que trata de guardar para sí todo lo que le pertenece, todo lo que tiene de espíritu y aliento, o para emplear una expresión pasada de moda, de alma? Después de todo, esto es muy natural. Lástima que al cerrarme por arriba me haya abierto por abajo. De un golpe me deshice de todo el tripaje. ¡Vacío como un conejo! *Sine affectione* (no dejará de anotar al margen el irrisorio fariseo mencionado más arriba). ¡Tanto peor! Cuando uno quiere graduarse para la eternidad es necesario un pequeño sacrificio en favor de la perpendicular. Ahora, sostenido por un concepto casi imperceptible, puedo decir que finalmente me pertenezco. No dependo más que de mi propio peso y no he perdido una onza. Tan exacto como una plomada, señalo el centro de la tierra. Por otra parte y gracias a la línea ideal que me ata y me sostiene, he adquirido independencia y autonomía en todas direcciones. A derecha, a izquierda: ya no hay obstáculos. Soy libre. El universo se abre ante mí porque he integrado una posición altamente filosófica: estoy en suspenso. Guardo un equilibrio perfecto y soy accesible a todos los vientos. Pero nadie comprenderá que liberado para siempre del suelo, pagué muy caro el derecho de oscilar. Que los jóvenes vengan pues a mí y que alcen confiadamente sus ojos a la rama toral desde donde mi despojo sin entrañas obedece rigurosamente todas las leyes científicas. Y que sobre la cubierta de sus libros de texto trace esta exclamación magistralmente ingenua que traiciona mi sentido de la propiedad: *Aspice Judas pendu!*